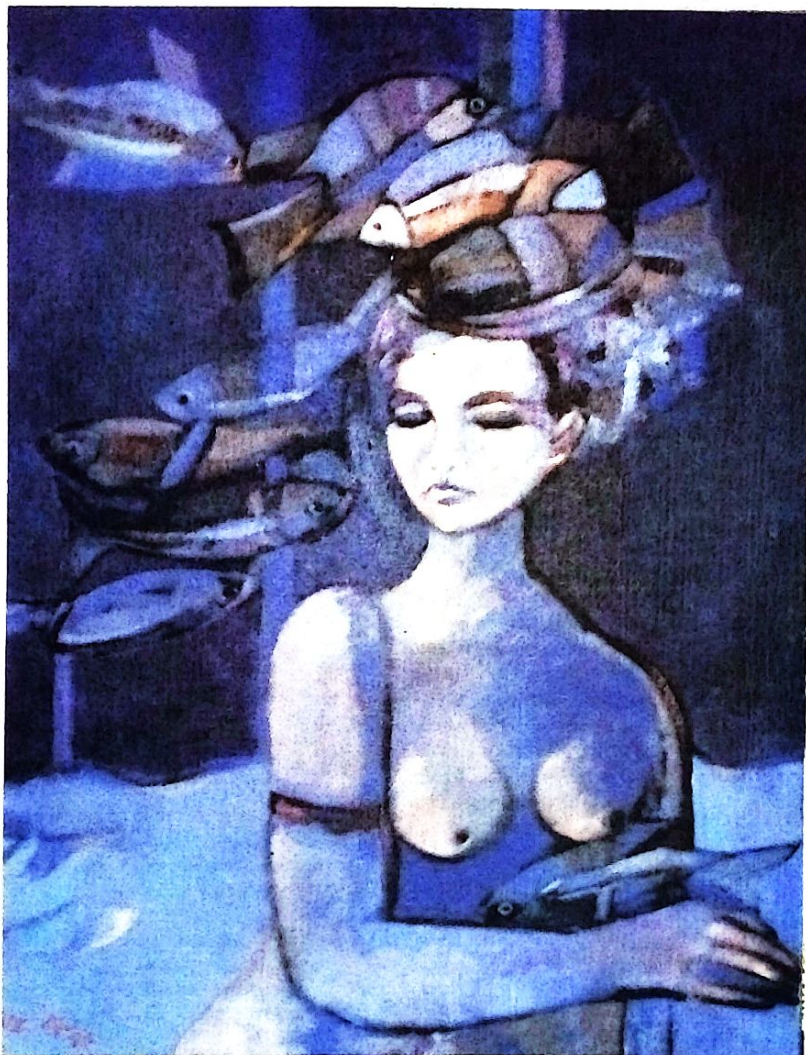


Se le aparece cada quincena



Manlio Sgalambro • Enrique Murillo • Saint-Pol-Roux • Rafael Gumucio
• William Ospina • Asunción Escribano • Felipe Mansilla

LA PATRIA
SUB-DECANO DE LA PRENSA NACIONAL

suplemento orureño de cultura

año XVII n° 413 Oruro, domingo 15 de marzo de 2009





Sirena. Óleo sobre tela
Erasmo Zarzuola Chambi

Llamado

Elegir a un hombre como prójimo es elegirlo para la vida. ¿Cómo puede fundarse este acto, por lo tanto, en un Dios "que nos llama a su lado"? *Ille omicida erat ab initio*: en el principio ontológico mismo se contiene nuestra muerte. El acto del bien, en el momento en que elige a "otro" como prójimo, le dice: tú no debes morir. El resto es una subespecie de lo útil. En el bien hay aflicción y dolor por el hecho de la muerte. El bien es una lucha contra la mortalidad del otro "contra el ser" que lo absorbe y lo mata (según las terribles y amenazadoras palabras que en un tratado del maestro Edkhard describen así el acto en el que nos "unimos" a Dios: "Uno con Uno, uno del Uno, uno en el Uno y, en el Uno, eternamente Uno"). Entendido de este modo, el bien es impracticable y es únicamente "pensamiento". ¿Cómo se puede, por otro lado, sostener una visión que no sea la de la impracticabilidad del bien? Desear el bien de los demás es desear que no mueran, eso es todo. ¿Cómo se puede conciliar, repito, la idea del bien con Dios, que es la muerte misma? Creo, por el contrario, que la idea de Dios y la idea de la muerte se asocian de tal manera que podemos usar tanto un nombre como el otro. El resto es *Justiz und Polizei*.

Manlio Sgalambro en: *¿En qué creen los que no creen?*



el duende
director: luis urquieta m.
sejo editor: alberto guerra g. (†)
benjamín chávez c.
erasmo zarzuola c.
adolfo CÁCERES r.
coordinación: julia gARCÍA o.
diseño: david illanes
illa 448 telfs. 5276816-5288500
elduende@zofro.com
elduendeoruro@yahoo.com
lurquieta@zofro.com

el duende on line: www.zofro.com/elduende

Mujer única

Cuando la epístola poética trasciende al amor, conmueve el tiempo, define la vida. La siguiente es una misiva del poeta chuquisaqueño Enrique Murillo a su amada, escrita en 1931. Unidos en matrimonio poco después, nacieron las hijas. Una de ellas es la Dra. Mery Reyes vda. de Murillo, ilustrada dama que reside en Oruro.



Padilla, 26 de noviembre de 1931

Mujer única:

Y es verdad. No te pareces a ninguna de las que he conocido en la vida. Tienes la majestuosidad de las mujeres de antaño a quienes se besaba los pies y las manos, porque eran reinas, y tienes la sutileza de las muchachas románticas a las que los poetas cantaban endechas bajo la luna junto a sus ojivas medievales. Tienes de todo. Comprendías la ternura, el candor y la belleza. Por eso eres única para mi alma.

Yo, el pobre romero, que un día se acercó a tu vera, me siento orgulloso de tener una amada que es de todos los tiempos, tan pronto sabe ser princesa como puede ser zagala, y a veces me siento triste por no poder entonar una maravillosa canción en tu honor, que tenga todos los ritmos del verso, todas las gamas de la música, todas las misteriosas armonías del silencio y el polifónico lenguaje de las flores. Y mi impotencia se reduce a quererte mucho, a besar tus cartas y todo lo tuyo.

Hoy que me has enviado la primera flor de tu jardín, un pensamiento, he sentido vibrar todas mis emociones. Te he querido tanto, tanto... porque, como te dije alguna vez, habemos algunos que sabemos comprender el lenguaje de esos pedacitos de luz que se llaman flores. Me ha dicho: "Pobre poeta que vives angustiado por lo que es, ha sido y lo que será, sabes que vengo de nexo entre tu amada y tú. Traigo algunas ilusiones para tu cabeza. Ella te quiere.

Cuando apenas era simiente y pugnaba en las entrañas de la tierra por salir, tierra humedecida por sus gloriosas manos, sabía que pensaba en ti: cuando después ful brote, tallo y hojas, yo vi con mis propios ojos, a la hora del crepúsculo, que leía tus letras con cariño y no sé si por ti o por qué cosa, tuvo ganas de llorar. Pero no lo digas a nadie. Ella ha llorado y sin saberlo ella, he recogido sus lágrimas.

Por eso, un buen día quise ser flor. Traigo la palidez de las montañas, te traigo también su ternura y sus pensamientos. ¿Sabes? Me ha besado, y si quieres averiguarlo, aún mis pétalos guardan la esencia de sus labios".

Le dije entonces:

—Entra a mi retiro. Yo sólo te ofrezco mi cariño.

Te besa

Enrique



Plegaria al mar



¡Oh Mar! Antiguo y joven, gracioso y arisco, rey de las galas festivas, soberano de las tempestades. ¡Oh Mar! Concede tu misericordia a esos pescadores llegados para depositar la caricia ingenua sobre el hazmerreír de tu mejilla azul ¡Por gracia, sé clemente con esos bravos muchachos de alma simple que aquí están, con las manos juntas y de rodillas en el fondo de sus chalupas tan pequeñas dentro de ti tan grande, ¡Oh Mar de los hijos y de los abuelos! ¡Dígnate sonreír ante las bofetadas pacíficas de nuestros remos, sonríete todavía ante el inocente arañazo de nuestros anzuelos, y después que una brisa serena redondee en frutos maduros babor o estribor amuras nuestros focos y nuestros trinquetes, y que tu corazón profundo haga callar hacia abajo marsopas y delfines que son los ogros de las sardinas, lindos pulgaritos que andan en bancos semejantes a montones de palta y que las muchachas de las fábricas aprieten en cajas lo mismo que imágenes, flores o mariposas en el misal de su primera comunión, y sé Mar de Bretaña, sé hospitalario con esas redes que nos hacen vivir a fin de que pesadas se las retire de tus flancos fecundos como se saca a una placenta donde canta el porvenir! ¡En fin, los negros demonios de tus ráfagas, para siempre amárralos en las cavernas de esas costas, fabulosas grutas que cerrarás con los despojos, mástiles quebrados, timones rotos, cascotes desfondados, de todos los navíos tragados de tu primera cólera, Océano, y que los golpes de ala de los petreles, de las gaviotas, de los alcatrazes, y de los cormoranes signifiquen en adelante sobre nuestras frentes tus gestos de esperanza y de bendición! ¡Así sea!

Saint-Pol-Roux. 1861 - 1940. Poeta y escritor británico.



La lengua de Sancho

Desazones del idioma



Aparecen periódicamente informes sobre la buena salud del castellano. El optimismo lingüístico de los académicos y diplomáticos del idioma se basa sobre todo en el número de hablantes, repartidos por tres continentes, que usan a diario el castellano. Los números, sobre todo si se los compara con lenguas como el francés, el italiano o el alemán, son sencillamente impresionantes. Sólo el mandarín y el inglés pueden ufanarse de tener tantos y tan variados usuarios. Acto seguido, desde la atalaya de la estadística, nuestros académicos, lingüistas y embajadores culturales suelen lanzarse a generosas predicciones tales como que, en pocos años más, Estados Unidos será un país enteramente bilingüe, y que cuando la mayoría de las ciudades más pobladas del mundo sean de habla hispana, no habrá financista, empresario u hombre de cultura que no quiera aprender nuestro idioma.

Me temo que estos diagnósticos basados enteramente en cantidades suelen obviar el tema de la calidad. Intentan pasar por alto preguntas más incómodas como: ¿Qué grandes cuestiones, qué grandes descubrimientos, que grandes novelas se están escribiendo en castellano? ¿El castellano basta y sobra para vivir una vida académica intelectual más o menos decente en el mundo de hoy?

Quisiera equivocarme, pero en el terreno del pensamiento, o su difusión, somos una lengua pobre pero no honrada. Una lengua muy usada pero que no parece ni renovarse ni ampliar su universo sino esperar que el inglés, del que aspira a convertirse en sustrato casero, lo proteja de la probable invasión china.

No soy científico ni académico; no puedo hablar de la salud del castellano en el mundo del conocimiento, aunque sospecho que en esos campos el diagnóstico es bastante más negro de lo que imagino. Soy escritor y puedo dar testimonio de que al menos en el terreno de la literatura, el paisaje, con algunos rayos de sol, es más bien desolador. Los grandes del boom se dedican a escribir prólogos para millonarios, o a ser ellos mismos millonarios y escribir como escriben los millonarios, mientras que a los pequeños del boom no los lee nadie más que ellos mismos.

En cuanto a los jóvenes, se divide la torta exigua de los premios arreglados de antemano y las becas entre amigos oportunistas inoportunos, chicos a la moda ya cuarentones, pícaros de variadas especies y niños bien educados sin nada que decir. Sin hablar del grupúsculo de realistas mágicos y revolucionarios de universidad americana. Hay libros buenos de vez en cuando, y hay escritores interesantes. Pero nada que un hombre culto de Islandia o de Uzbekistán no deba perderse por nada en el mundo.

Tenemos buenas literaturas regionales, meritorios intentos con ocasionales logros. Ni Naipaul, ni Coetzee, ni Roth, ni Bellow, ni Kundera, ni Oe escriben en castellano. Sus equivalentes en castellano pueden tener prosas tan poderosas como las de ellos, pero suelen naufragar en la autocomplacencia o, en algunos casos, la franca senectud. Tenemos vacas sagradas y algunas rebeldes cabritas que saltan de los cerros pero, y ojalá me equivoque, ni las grandes preguntas del mundo de hoy ni las grandes respuestas se escriben en castellano.

No es necesariamente la culpa de los autores, gente esforzada, culta y muchas veces honesta. Cervantes no escribió el Quijote solo, lo escribió con él la España del siglo XVI, por ese entonces el imperio más importante de Occidente, atravesado por la sensación de ruina, la esterilidad religiosa, del que Cervantes fue el mejor radiógrafo. El Quijote era una metáfora de ese mundo pequeño, provin-

ciano y cerrado que sin embargo tenía un impacto desproporcionado sobre el resto del mundo. La España de esa época era El Mundo.

¿Qué historia, qué personajes nos toca a nosotros contar en castellano cuando nuestros países han quedado fuera de las afueras del mundo? Nuestras ciudades están llenas de ruinas recién inauguradas. Nuestros presidentes elegidos compiten con los antiguos dictadores en corrupción, tonterías e ineficiencia. El único poder realmente global que habla en castellano es el narcotráfico.

No existimos ni para las ONG, ni para los servicios secretos del mundo, dedicados ahora a los musulmanes y ayer a los países del Este. Menos exóticos que los africanos, menos interesantes que los hindúes, menos amenazantes que los chinos, perdemos demasiado tiempo explicando que somos a la vez completamente europeos y completamente no europeos.

Otro tanto sucede con el mítico bilingüismo de Estados Unidos. Es cierto que el castellano en los Estados Unidos te permite comunicarte con el panadero, el electricista y el plomero, pero no te permite mucho más. Si quieres ser alguien, el plomero, el electricista y el panadero tiene que aprender inglés. A pesar de las predicciones de los conservadores americanos (Samuel Huntington a la cabeza), todo indica que el meeting pot volverá a obrar el milagro, y logrará que cientos de Sánchez, Rodríguez o García no sepan siquiera decir adiós.

Y quizá no es forzosamente malo que hayamos pasado de ser la lengua de Cervantes a ser la de Sancho Panza. La lengua de la cocina y de la casa de la abuela. Sancho, sus dichos, sus ideas, la fuerza de su verbo enraizado en el pueblo, es después de todo una de las grandes creaciones en nuestro idioma. La novela de Cervantes es la mezcla sabia del Quijote y Sancho, del lenguaje de los libros y la tribu. Me temo que nos hemos ido quedando con una sola parte de la pareja mítica, la que monta en burro y de vez en cuando juega a gobernar islas de las que es echado a patadas.

Y es triste no sólo para esa cosa rara e inexistente que es la cultura occidental, o para ese otro fantasma que es el espíritu de una lengua. Es triste para el propio Sancho que, sin el Quijote (o sea sin la cultura y sus fantasmas), no tiene a quién contarle sus aventuras. Corremos el riesgo de tener un idioma muy hablado pero sin voz.

Rafael Gumucio. Chile, 1970. Escritor, periodista y crítico literario.



Yo crecí sintiéndome europeo. La sociedad colombiana es muy entusiasta de su tradición latina, de su tradición europea, existe un culto hacia lo europeo muy alto y yo era parte de esa tradición.

Para darles un ejemplo del respeto que tiene Colombia por Europa, menciono el nombre de la persona que redactó la Constitución colombiana de 1886: Antonio Caro. Caro era un latinista al que le gustaba hablar más en latín que en castellano.

Ese era mi contexto. Fue entonces, cuando yo tenía 24 años, que viajé a Europa. Lo primero que comprendí cuando estuve en Europa es que... no era europeo. En el viejo continente, si un extranjero no comprende que no es europeo, la gente le hace comprender. De muchas maneras distintas le recuerdan a uno que sus costumbres, que su manera de mirar el mundo, que su manera de accionar en la vida es distinta. Ese elemento implica un aprendizaje muy importante. Yo diría que a veces, como ocurre en cierto cuento de la 'Divina comedia', hay que viajar por el mundo para descubrir lo que tiene uno en el patio de su propia casa, y que los viajes nos enseñan no solamente a ver lo extranjero sino a vernos a nosotros mismos. Lo cierto es que después de un par de años en Francia, en donde entablé una relación muy rica con la literatura francesa, que siempre me había interesado, volví a Colombia y empecé a sentir una curiosidad nueva por el mundo en el que había pasado mi infancia y mi juventud, y que me había despertado antes de ese momento muy pocas preguntas y muy poca curiosidad.

Después de volver de Francia recién me interesé por la naturaleza, me sorprendía y maravillaba encontrar una vegetación tan distinta de la que había visto en Europa y me sorprendía encontrar en Colombia elementos que no formaban parte del mundo en el que yo había pasado mi infancia. Me sentía como si hubiera crecido en una realidad física en mi país, pero viviendo otra realidad espiritual fuera de él. Entonces me pareció necesario establecer un diálogo entre mi formación literaria, mi memoria cultural y el "nuevo mundo" en el que estaba.

Después de eso, con el paso de los años, llegó la famosa celebración del Quinto Centenario del descubrimiento y de la Conquista de América y se acuñó oficialmente en nuestros países la frase "el encuentro de dos mundos". Ése era un eufemismo para evitar decir por su nombre verdadero lo que fue la conquista, que fue muy compleja.

Recuerdo que hacia 1991, cuando estábamos en vísperas de la celebración del Quinto Centenario, a mí nada me interesaba más que contrariar la idea de que América tenía 500 años. Yo argumentaba que en un planeta tan antiguo, tan lleno de civilizaciones y tradiciones, donde existe la China, donde existió Mesopotamia, donde existe Egipto, donde Europa tiene ciudades de mil, mil quinientos años, la idea de que nosotros tenemos 500 me parecía que nos daba una cierta fantasmadad indebida.

Ese año escribí el libro "El país del tiempo", que se proponía interrogar a seres humanos conjeturales que vivieron

en América mucho antes del descubrimiento y después del descubrimiento.

Yo quería escuchar las voces de seres que vivieron en América en los últimos 30.000 años, y sentí que esas voces podían tener algo que decirnos. Escribir el libro fue una idea que me nació del poema que escribí sobre el primer mongol, el primer hombre que pisó suelo americano, preguntándome qué habrían sentido esos hombres que cruzando las estepas de Asia y las llanuras de hielo, un día descubrieron que estaban en otro mundo y que no había regreso posible. Me pregunté cómo empezaron a formar este mundo edénico que debía ser América una vez que salieron de la región de los hielos e ingresaron en la región de los bosques, de los lagos, de las montañas y de todo eso que ha conformado la apasionante historia de este Continente a lo largo de 30.000 años. Escribí ese libro y no sabía que al hacerlo me estaba embarcando en un camino del que no podía escapar.



Dice así el poema "El Mongol":

Nunca supimos cuándo la desesperante blancura se había convertido en otro imperio. / El idioma del lobo era el mismo, y no le repugnó nuestra carne. / Pero todo hombre sabe que a través de cada nuevo pinar es Otro el que envía sus rayos. / Que son las angustias de la tierra las que determinan los nombres del cielo. / ¿Descubridor de un mundo? / Un fugitivo perseguido por las uñas del viento / amoratado por el odio del sol, escribiendo blancas palabras en el aire translúcido, / luchando sólo por evitar que la blanda tierra bajo mis pies se enardeciera en tumba. / Muerte es el nombre azul del amanecer, allá donde los días flotan con muros de cuarzo, / muerte es el nombre de los dientes amarillos del lobo, / muerte es el nombre de la luna salpicada de escarcha y de sangre / cuando el guerrero cae a medianoche sobre la sorda estepa. / Hasta el amor cerca del fuego tenía un olor de frescas entrañas de morsa, / y el niño recién nacido bajo el cielo de pieles tenía olor de pez, / y en la tarde teñida de salmones veíamos aparecer los miles de ojos de coyotes del cielo.

Por esa misma época una entidad me pidió que escribiera algunos capítulos de la historia de la poesía colombiana y que investigara específicamente las características de la poesía en los tiempos de la conquista. Para mí no

Mestizaje e In

Conferencia dictada por el escritor y poeta

existía tal cosa. Estaba seguro de que no había habido poesía en la Colonia. Pero investigué y descubrí un poema en la Selección de Valores Ilustres de Indias, escrito por Juan de Castellanos. Descubrí también que los críticos contemporáneos de Castellanos señalaban que éste no tenía el velo poético que se esperaba de poetas de ese tiempo.

Me pregunté entonces por qué una obra tan apasionante, que lo transportaba a un mundo irreal, no había sido valorada en su tiempo. ¿Era quizás porque había sido muy severo y muy crítico con las tropelías y los atropellos que estaban cometiendo los aventureros que llegaron aquí en los primeros tiempos? Repasemos algunos versos de Castellanos:

Y así fue que los hombres que vinieron / en los primeros años fueron tales / que sin refrenamiento consumieron / innumerables indios naturales, / tan grande fue la prisa que les dieron / en uso de labranzas y metales / y eran tan excesivos los tormentos / que se mataban ellos por momentos. Lamentan los más duros corazones / en islas tan ad plenum abastadas / de ver que de millones de millones / ya no se vean rastros ni pisadas / y que tan extendidas poblaciones / estén todas vencidas y asoladas / y de ellas no quedar hombre viviente / que como cosa propia lo lamente. Nosotros los baquianos que vivimos, / todas estas cosas contemplamos / y recordándonos de lo que vimos / y como nada queda que veamos / con gran dolor lloramos y gemimos, / con gran dolor gemimos y lloramos.

Veamos la razón de por qué los críticos de su época no valoraron a Castellanos: La lengua española que llegó a América en el siglo XVI había nacido muy lejos de este mundo. La primera reflexión que tengo es que la lengua castellana enmudecía ante América pese a que era una lengua madura, varias veces centenaria que había desarrollado ya una buena literatura. Pero esa lengua no pertenecía aquí, enmudecía ante América porque no tenía palabras para nombrar nada de lo que era específicamente americano: ni los árboles ni los pájaros ni los climas ni los pueblos originarios ni sus costumbres ni su color nativo ni su silueta ni sus mitos.

Era una lengua llena de arrogancia, llena de autosuficiencia, que se sentía hija ilustre del latín y del griego capaz de nombrarlo todo, y sin embargo se encontraba con un mundo de exuberancia al que no podía describir. Basta recordar que Europa debe tener unas 10.000 variedades de plantas y la zona de esta región de América tiene más de 100.000 variedades.

Castellanos quería contar todo lo que pasaba, quería contar todo lo que veía y no sólo las aventuras de los varones ilustres. Él seguramente hubiera querido contar la historia de esos guerreros españoles que llegaron aquí, pero América no se lo permitió, el continente americano exigió su lugar en ese relato. Entonces no pudo cumplir con ese sueño leonardesco de hacer un retrato escrito de ese tipo, porque la naturaleza americana se abrió camino y fue enmarañándolo todo. Es por eso que el poema se llenó de árboles, de caimanes, de tigres, de ríos, de eso que llamaba el poeta mexicano López Velarde "el relámpago verde de los loros", esa exuberancia de la vegetación, esa exuberancia de la naturaleza era su defensa su riqueza, esa complejidad de los pueblos indígenas y de sus mitologías. Es cuando

Interculturalidad

colombiano William Ospina en La Paz – Bolivia (2008).



Castellanos cometió un pecado que no le perdonaron jamás los grandes críticos literarios de su tiempo, tomó palabras de la lengua indígena del Caribe y de Los Andes colombianos para nombrar todo aquello que no tenía nombre en español. Él fue armando un poema que se fue poblando de huracanes, de canoas, de caimanes, de guanabaras, de iguanas, de tiburones, de todas esas palabras indígenas que la lengua española no conocía. Entonces, como buen representante del Renacimiento que era, y por la curiosidad que tenía, fue modificando la lengua que había recibido de sus padres.

Yo propongo que algo que explica que la lengua castellana haya arraigado en América es su adopción de vocablos americanos. No bastaba una conquista militar para que la cultura arraigue en un territorio. Alejandro no helenizó ni Persia ni la India a pesar de que fue el guerrero más poderoso de su tiempo. Inglaterra no europeizó ni China ni India. África tampoco pudo ser europeizada.

Lo que ha hecho que la lengua castellana sobreviva en América, y gradualmente llegue a ser una lengua americana, una de las lenguas americanas, una lengua americana importante, es el esfuerzo de muchas generaciones humanas por transformar esa lengua y luego convertirla en una lengua americana.

Sí, gracias a América, a finales del siglo XIX, la lengua castellana renació con una generación de autores que en todo el continente surgieron simultáneamente: José Martí en Cuba, Manuel Gutiérrez Nájera en México, José Asunción Silva en Colombia, Pérez Bonalde en Venezuela, José María Eguren en Perú, Jaimes Freyre en Bolivia, Leopoldo Lugones en Argentina.

De repente se dio una creatividad y una inusitada efervescencia, porque esa lengua que estaba renaciendo en América era ya una lengua transformada, llena de músicas nuevas, de ritmos nuevos, de temas nuevos, de una vivacidad, de una energía que no era precisamente lo que caracterizaba a la lengua de España. Las lenguas indígenas americanas son las que la habían enriquecido, ese diálogo se había dado a despecho de las autoridades que nunca permitieron que las lenguas indígenas mantuvieran una relación fluida con la lengua oficial. Eso, sin embargo, se había dado en la vida cotidiana, en los mercados, en los oficios, en las tradiciones, en los hogares. Entonces se dio ese florecimiento de la lengua, que fue el florecimiento de la cultura latinoamericana.

Permítanme mencionar otro fenómeno especialmente significativo, el caso del indio nicaragüense Rubén Darío. Este llevó a esa lengua a esplendores que nunca había tenido. Cuando empezó a escribir poemas, los críticos no entendían cómo era posible que la lengua española sonara tan bellamente, tan armoniosamente, con tanta riqueza, con tanta gracia, con tanta elocuencia, con tanta capacidad de ironía, de travesura, de modernidad.

Y Rubén Darío llegó a España, a una sociedad que en ese instante tenía mucha dificultad para recibir lo distinto, para recibir lo americano; pero en seis meses ya había influenciado el ambiente cultural de una manera trascendental. Fue así como estos modernistas latinoamericanos sentaron las bases para lo que ha sido el esplendor, no solamente de la lengua castellana, yo diría que de la cultura hispanoamericana en general.

Los últimos cincuenta años han modificado mucho nuestro continente, sobre todo la conciencia que tenemos de nosotros

mismos, y nos ha enseñado a ver que somos más complejos de lo que nos enseña la tradición. Y es que la complejidad es siempre una riqueza. En esa medida, nuestros países son hoy no sólo más visibles para el mundo, sino más visibles para sí mismos.

Pensando en América Latina, se puede decir que tenía un velo ante los ojos. Yo creo que es verdad lo que decía Germán Arciniegas, ensayista colombiano, respecto a lo que llamaron "descubrimiento" de América que, en realidad habría que llamarlo "cubrimiento" de América, porque cuando llega España no llega a descubrir sino a cubrir, a rapar. Llega a cubrir con su lengua las lenguas americanas, a cubrir con su religión las religiones que había en América, a cubrir con su memoria y tradición las memorias que había en América, incluso a cubrir la mirada de la naturaleza: había que sembrar aquí rápidamente los limeros, los olivares y los cipreses para que le dieran a este mundo la "apariencia de



un mundo ilustre europeo". Lo que hemos ido descubriendo es una gran aventura: que América es el último rincón del mundo donde queda la naturaleza en sentido original, una naturaleza exuberante que es una promesa para el futuro, que es algo que todos tenemos que saludar y que nadie, como los pueblos indígenas americanos, supo proteger.

Estamos en un momento apasionante de la modernidad. Porque al lado de las grandes conquistas de la ciencia, de la tecnología, al lado de los grandes avances que ha obtenido el racionalismo, el triunfo de la razón en Occidente –y en Oriente también– somos conscientes que junto a todos esos progresos de matriz occidental han surgido con la misma intensidad los grandes peligros del mundo occidental, de la razón occidental, del racionalismo, del industrialismo. Porque convertir a la naturaleza sólo en una bodega de recursos más la pérdida del sentido sagrado de la naturaleza, la pérdida del sentido de armonía del mundo humano con el mundo natural, es algo negativo que ya tiene consecuencias.

Descubrimos que todas esas virtudes de Occidente no son sólo virtudes. Hay quienes temen que la frase que pronunció Nietzsche a fines del siglo XIX sea verdadera, cuando viendo las grandes virtudes, las grandes conquistas, los grandes avances del espíritu europeo, el filósofo le gritó a

Europa: "perecerás por tus virtudes". O sea que no es solamente la promesa de un mundo feliz, como lo han ironizado algunos autores de ciencia ficción, sino también un peligro, el peligro de la supremacía de la materia sobre el espíritu, el peligro de la supremacía de la arrogancia humana sobre el universo natural.

La sociedad europea, la sociedad occidental, la que tantas conquistas ha logrado y que tantas virtudes tiene, ha sido la menos respetuosa de la naturaleza, a tal punto que tenemos un planeta en peligro. Debemos entender que no basta el saber occidental, lo que la ciencia sabe, que no basta lo que la tecnología transforma o la industria provee; que tiene que surgir una espiritualidad nueva, una mirada nueva y que como nada surge de la nada, ese diálogo con otros y con otras tradiciones es cada vez más necesario e importante.

En ese contexto sitúo yo buena parte de lo que pasa hoy en América Latina, a veces con una conciencia plena de lo que hacemos, a veces sólo por intuiciones y por presentimientos. Estamos descubriendo aquí, donde se mezclaron los mundos, donde convergió el mundo americano con el mundo europeo y africano, que estamos más cerca de dialogar con las tradiciones, mucho más cerca por ejemplo que un mundo como el europeo donde recién comienza ese proceso de diálogo que aquí vivimos desde hace siglos.

Los pueblos europeos hasta hace poco creían tener clara su identidad: un español sabía qué era ser español, un francés por supuesto sabía qué era ser francés y un alemán sabía qué era ser alemán; pero ahora un viento de incertidumbre recorre Europa, porque Alemania está llena de turcos, porque Francia se ha llenado de africanos y de caribeños, porque Inglaterra está llena de hindúes y de gentes del Caribe, y porque España está llena de latinoamericanos.

Hemos llegado a una situación curiosa, de esas paradojas que produce la historia: antiguamente, la tradición latina era la tradición romana, clásica, los latinos eran los romanos; con el paso del tiempo los latinos eran los pueblos romances surgidos de las mezclas de Roma con los iberos en España, con los galos en Francia, con los eslavos en Rumania. Así surgieron las lenguas romances, las lenguas latinas. En este segundo momento los latinos eran los hijos de Roma en Europa. Pero ahora, en España los latinos son los descendientes de Atahualpa y de Moctezuma. Estos pueblos americanos donde se dieron todas esas mezclas de lo europeo con lo americano se han ido convirtiendo en los latinos. Algunos usan la palabra latino de una manera peyorativa como para descalificar, pero algo de significado profundo tiene el que los latinos, ese nombre que alude a civilizaciones ilustres de la antigüedad europea, sean ahora los hijos de América, de los mestizajes, de los sincretismos de América.

Cuidado de edición Raúl Peñaranda U.

A

sunción Escribano



Asunción Escribano. Salamanca, España – 1964. Licenciada en Periodismo y Doctora en Filología. Profesora de Lengua y Literatura en la Universidad Pontificia de Salamanca. Primer Premio en el Concurso Internacional de relatos periodísticos "Tito Bradama" – 1996. Finalista del II Premio de Poesía de la Academia Castellano-Leonesa de la Poesía (1999 y 2004). Ha publicado plaquettes poéticas y los libros *La disolución* (2001) y *Metamorfosis* (2004)

El origen del mundo

El origen del mundo son tus manos,
los pájaros que cabalgan mi cansancio
en la pálida bóveda del aire
como una lenta cascada de sed.

He viajado en los círculos del tiempo
hasta encontrar esta piel vesánica
de arena, hasta amanecer entre
sus turbias algas. Brisa de noche,
un cuajo de sol inunda el cielo.

El tiempo que no tropiezo con tu tacto
no es el tiempo, es espacio sin su forma,
la noche arrastrada en desvarío.
He viajado en los círculos del sueño
hasta encontrar la flor de tu caricia.

Una barca atraviesa mi fatiga:
tu abrazo como un cálido naufragio
que toca el silente nudo de la luz.
Brazos de luz derriten mis orillas,
puñados de cal, falenas sin su musgo.

Se encendieron los surcos de los días,
se rompió el silencio de los poros.
Como duna de invierno me calcina
el candil desgarrado de tu piel.

Poder no envejecer entre tus manos
que quieren como siempre abandonarse
en el caudal risueño de la herida.
Ulagas de luz sembradas de gorriones,
Lívidas tinieblas, lechuzas blancas.

Tu cuerpo de agua, de miel sumisa
y tibia sal. La misma nieve
que colmaba las mañanas, ahora
es lluvia. En ella voy a derretir
la arcilla que contiene mi delirio.

El origen del tiempo son tus manos,
los ciervos que trasladan mi derrota
hacia el panal caliente de tu mies
en el cáliz abierto del estío.

Caballos que vuelan mi nostalgia,
lirios de estanque y de abandono,
olvido respirar cuando me roza.

Sombra y pájaro

Un hombre se dirige al horizonte,
hacia donde se estrechan los sueños,
antes de ahogar sus luces
en el sumidero callado de la noche.

El calor se hincha entre la fronda
y anuda su silencio a una cigarra.

El hombre escribe:
"Y tú ardías incendiado,
solo en la infinitud del universo".

Y sus manos transportan dos antorchas
que recorre e inflaman el futuro.

Un hombre siente una serpiente
entre su sangre, que gangrena
la hermosura de su llanto.

Pero sus lágrimas bautizan
con un nuevo barro la espesura:
"sombra y sombra y sombra",
mientras el crepúsculo anida en el vacío.

Alguien canta su nombre entre los árboles.
es un pájaro cansado de su vuelo
o un río que no quiere ser ya transparente.

El hombre toca de nuevo la palabra:
"Pero tú aún ardes luminoso".

La tarde se deja derrotar y cede
su territorio a la sombra

El hombre se viste de amarillo
y vuela como una alondra frágil.
Y su trino se expande en el silencio.

Aquiles y la tortuga

Que todo se mueve parece una certeza.
Las ramas del alerce se cobijan
en la brisa cada tarde.
Alientan mi piel, vapor de arroyo,
y afirman la certidumbre en mis sentidos.
Zenón erigió el dilatado intervalo
hacia la nada, como prueba del instante.
Derivó de la dicotomía entre el permanecer
y el andar dividiendo en uno mismo
el propio miedo, la imposibilidad de avanzar.
Pero la semejanza entre la quietud
y el vértigo absoluto de vivir efímeros
tiene en tus ojos y tus manos, su evidencia.
Prolongas tus caricias, y tu tacto
me acerca a lo imposible de otro modo.
Me hace concebir lo perdurable,
más allá del espacio, en tu mirada,
que ahora custodia inmóvil a la mía,
y me dicta la sentencia de tu carne,
a la que el tiempo vencerá, sin duda alguna,
aunque ya ha dejado su herida sobre el tiempo.
La lógica es fugaz, igual que el mundo,
y el infinito en tu ser tiene el perfil
de las cosas que suceden y se marchan.
Sin embargo, ante la posibilidad de estar
eternamente quieto y solo y no morir,
y el aceptar que tiene fin aquello
que está vivo, y que yo amo,
resuelvo la paradoja entre tus brazos.

Asunción Escribano manifiesta que "pocos son los lugares que le sirven hoy al hombre como resguardo de aliento, y la poesía es uno de ellos. El poema es el espacio por antonomasia en el que la arbitrariedad de los signos se transmuta en capacidad simbólica. El símbolo lleva dentro de sí, como un sacramento, lo que nombra; con él tocamos lo nombrado, lo acariciamos y lo hacemos parte de nosotros al tiempo que nosotros pasamos a formar parte de él. La lengua poética, mediante el empleo de metáforas, nos lleva más allá de la lógica de la diferencia, fusionando como igual todo lo que lo es sin que nosotros lo percibamos. Por eso la poesía, a pesar de nuestro mundo y nuestro tiempo, es y seguirá siendo como afirmó Celaya, "un arma cargada de futuro".

H. C. Felipe Mansilla. Bolivia, 1942. Doctorado en ciencias políticas y filosofía en Alemania. Profesor visitante en universidades de Alemania, Australia, España y Suiza. Miembro de número de la Academia de Ciencias de Bolivia y de la Lengua, correspondiente de la Real Española.

África y Julitane

(Sexta de siete partes)

En otra ocasión, visitamos la zona fronteriza con Mauritania y su centro urbano, Saint-Louis, que fue la primera capital de Senegal. Saint-Louis no estaba restaurada, como es el caso actual, y no nos hizo ninguna impresión positiva. Cruzamos el río Senegal, poco vistoso y memorable, y nos adentramos en el desierto. No fue una experiencia romántica, y menos una deslumbrante. Nunca he comprendido por qué artistas y escritores europeos y norteamericanos se extasían ante el desierto, que es, en el fondo, la representación del vacío y la nada. Y el lugar de las temperaturas extremas, la falta de colorido y el aburrimiento. Por suerte yo estaba con Julitane, cuya cercanía fomentaba una fantasía morbosa y hasta enfermiza. Mi mente, exacerbada por el calor inmisericorde del desierto y por la monotonía del paisaje, producía fantasías eróticas sin interrupción. En todo momento quería estar a solas con Julitane, lo que era difícil dado el carácter oficial de la misión y las severas normas de mi amiga, que delante de gente exigía un comportamiento formal y reservado. Era de rigueur que yo la acompañe a cierta distancia, que la trate de usted y que exhiba una estudiada indiferencia al hablar con ella, aunque todos sabían que formábamos una pareja estable. Su frialdad pública hacia mí era demasiado transparente, pero a ella le encantaban esos juegos inofensivos.

El viento del Norte secaba todo a su paso. Los cabellos se ponían hirsutos y rebeldes. En todo momento se sentía la arena entre los dientes y en los ojos: la plaga del desierto. No pocas casas tenían todas las ventanas y la puerta orientadas al sud, en dirección contraria a la que venía el polvo del Sahara. La arena y el desierto conferían a las calles, a las edificaciones y a todos los proyectos de infraestructura una marcada apariencia de pobreza y precariedad. Y de tristeza infinita, desolación y desamparo. Es la impresión duradera que conservo de Mauritania, Mali y otros países del Sahel africano. Mi jefe y amigo compartía esta sensación, mientras que los otros empleados de la fundación veían en la estepa y el desierto el lugar de lo auténtico, la fuente de lo original e incontaminado por la perversa civilización urbano-occidental, la africanidad propiamente dicha: lo Otro por excelencia.

Con Julitane navegué a lo largo de los cuatro grandes ríos de África Occidental: el Senegal, el Gambia, el Volta y el Níger. Son ríos algo tediosos para aquellos que buscan aventuras o grandes bellezas naturales. Ya no hay animales notables en ellos, como hipopótamos o cocodrilos; tampoco hay arboledas tropicales en sus orillas. Sus aguas, mansas y oscuras, viscosas y lentas, están libres de sorpresas y dan una impresión de suciedad y desamparo. Una de mis primeras desilusiones fue enterarme de que en toda el África Occidental no habían elefantes ni leones ni rinocerontes, que la selva virgen era un recuerdo literario, que no había grandes parques naturales y que el crecimiento demográfico había producido una extensa cultura urbana de hacinamiento, vulgaridad, pobreza y pérdida de la esperanza. En la estepa se divisaban todavía los enormes baobabs, los árboles del pan de los monjes, llamados también las casas de los espíritus, famosos en la literatura histórica porque bajo ellos se celebraban las asambleas de los hombres libres. Julitane y yo coincidíamos en la crítica a este modelo de una democracia presuntamente auténtica, participativa y por ello muy superior a la democracia representativa: ¿Y cómo se podría reunir bajo un baobab a toda la población de Dakar para llegar a una sola determinación en asuntos complejos como la recolección de basura en un medio urbano moderno?

En todos aquellos países los coloquios y las conferencias sobre la llamada democracia africana estaban a la orden del día. Ya entonces la democracia representativa,

liberal y pluralista era considerada como una pérdida invención europea y elitista, alejada y hasta contraria a las tradiciones y las necesidades de los pueblos de aquel continente. El ideal era una magna asamblea de todos los varones adultos, que se reunía a la sombra de un gran árbol del pan. Los participantes discutían libremente, sobre todo acerca de temas laborales y asuntos del momento, y luego se votaba. Los que quedaban en minoría no tenían ningún derecho a seguir sosteniendo sus opiniones y menos a defender sus intereses. Había que plegarse a la consigna casualmente victoriosa y mimetizarse con la mayoría del momento. Era un sistema del consenso compulsivo, donde no había lugar para un disenso creador. Algunos derechos humanos, como el de la libre expresión y asociación, eran vistos como mecanismos para debilitar la voluntad y unanimidad populares. Sin comentarlo públicamente, en la fundación pensábamos otra cosa. La "democracia africana" era un primer paso, ciertamente importante, para edificación de un sistema democrático y para la superación del autoritarismo, pero no representaba la culminación del desarrollo histórico-social a nivel mundial. Esta democracia podía ser considerada como el comienzo de un largo camino hacia la modernidad, pero ya no estaba a la altura de la complejidad que habían alcanzado entre tanto las propias sociedades africanas,



todas ellas con una notable pluralidad de intereses y divergencias.

Desde Dakar hasta Lagos nunca me sentí bien en esas ciudades, todas tan parecidas unas a otras, inseguras y sin relieve específico, exentas de monumentos históricos y culturales, sin atractivo de ningún tipo. Los robos cotidianos, los asaltos casi habituales y la criminalidad ordinaria, que impregnaban todo el ambiente de forma obsesiva, habían contribuido a tejer un fondo violento, a la vez omnipresente y turbio, que nos hacía desconfiar de todo y de todos. La manera de mirar de los hombres jóvenes, que nos empeñábamos en calificar de torva, y los sonidos duros y extraños de los dialectos nativos nos causaban un desasosiego permanente.

Ésta era la sensación generalizada entre la comunidad de funcionarios internacionales, no sólo en Lagos, donde esto se acentuaba al máximo, sino también en Dakar y Abidjan, que gozaban de la reputación de relativa tranquilidad y estabilidad. Hasta cuando mi dulce Julitane hablaba en wolof, el idioma mayoritario en Senegal, me parecía que emitía tonos amenazadores y rudos. En los actos de los aborígenes creíamos ver una intención abyecta, cuando probablemente sólo obedecían a inocentes estrategias de supervivencia o a tradiciones que no entendíamos.

Pasamos unos días aburridos en Ouagadougou, capital de la entonces República del Alto Volta, para conocer Bobo-Dioulasso (ciudad con arquitectura de barro muy original) y los ríos Volta Rojo, Blanco y Negro, que luego se unen para conformar una poderosa corriente que desemboca en Ghana. Un dictador populista decidió un día, obviamente

sin preguntar a la población, cambiar el nombre del país por Burkina Faso, que significa la Tierra de los hombres íntegros. También modificó la bandera, el himno y no sé qué cosas más. Nadie se opuso. Eso me llamó la atención: alteraciones de ese tipo y con bienes simbólicos de tan alta significación habrían provocado en América Latina una verdadera revolución. Pero en el África no ocurre eso. En otro país un gobierno izquierdista cambió el nombre de Dahomey por Benin (que se halla en realidad dentro del territorio nigeriano), el nombre de la capital mudó de Porto Novo a Kotonou, la bandera tricolor se tiñó de rojo continuo (como corresponde a la tradición comunista) y así pasó también con el himno nacional y otros detalles. Nadie protestó. Y tampoco cuando pocos años después Benin se convirtió sorpresivamente en una economía capitalista, abrazando el neoliberalismo con un entusiasmo sospechoso. La gente que produjo esa transición era la misma que había proclamado y practicado el "socialismo definitivo e invencible" en aquel atribulado país.

Curiosamente todas mis modestas funciones en la fundación estaban vinculadas directamente con las atribuciones de Julitane. Terminamos trabajando en el mismo despacho, cosa que a mi jefe y amigo nunca le gustó del todo. El proyecto que estuvo brevemente a mi cargo consistía en la creación de una gran revista de ciencias sociales y políticas, de alta calidad académica y tendencia crítica, que sería distribuida por toda el África. No existe hasta hoy una revista de estas características. Por ello la propuesta de mi jefe y amigo podía ser considerada como una necesidad de primer rango. La revista proyectada, bajo la denominación provisoria de POLIS, debía resultar una buena imitación de NUEVA SOCIEDAD, que también era (y es) publicada por la Friedrich-Ebert-Stiftung para ser distribuida por toda América Latina.

Pero en el caso de POLIS tropezamos desde el primer momento con dos dificultades: el problema de los idiomas y la inexistencia de buenos colaboradores. En América Latina el español tiene una propagación predominante y en su versión escrita para intelectuales es comprendido también en el Brasil. (En el Nuevo Mundo Haití y el francés no cuentan en términos de ciencias sociales.) En aquel tiempo ningún idioma aborígen africano, salvo el etíope, disponía de una escritura normada y reconocida. Como la fundación tenía, por otra parte, la intención de publicar una revista similar en árabe, destinada al Cercano Oriente, al Norte de África y a las comunidades árabes en Europa, la fundación en Dakar debía limitarse al África subsahariana, es decir al África Negra. Y allí no hay un idioma generalizado, comprendido por todas las poblaciones involucradas. Además: las élites educadas africanas piensan, hablan y escriben en los idiomas de las antiguas potencias coloniales. La enseñanza secundaria, la vida universitaria y lo que podríamos llamar la esfera intelectual se sirven casi exclusivamente de los lenguajes del Norte. Y lo más importante: los idiomas africanos carecen de conceptos abstractos, de términos teóricos y de expresiones ligadas al ámbito de la ciencia y la tecnología. Los idiomas aborígenes no tienen ni el vocabulario ni la complejidad para expresar pensamientos, demandas y críticas de las sociedades africanas contemporáneas.

(Continuará)



LA MÁQUINA DEL TIEMPO

Literatura boliviana del periodo independentista

Cartas, Manifiestos y Proclamas:

Estos géneros en prosa prácticamente cubren todo el periodo independentista. Su importancia es más histórica que literaria, aspecto que no los excluye de nuestro estudio, por cuanto en fondo y forma llenan peculiaridades que, si bien no son de obras de ficción, los hacen dignos de nuestro interés para comprender mejor la evolución actual de nuestras letras. Ante todo, se trata de obras de pleno espíritu independentista, renovadoras a ultranza; reflejan un momento y una realidad convulsionados por el estado de guerra en el que vivían sus protagonistas, algunos de ellos de gran renombre internacional, como el caso de Bolívar, Sucre, Santa Cruz, Padilla, Cañete, Pazos Kanki, Olañeta, etc. Respecto al Libertador Simón Bolívar (1783-1830), los críticos y estudiosos de su obra ponderan —junto a su contenido— el carácter literario de sus escritos, como su famosa carta de Jamaica, sus discursos y proclamas. En cuanto a Bolivia se refiere, cobran una importancia particular las cartas cruzadas con los Olañeta (Pedro y Casimiro), con Sucre y Santa Cruz, al igual que su mensaje sobre la Constitución Boliviana, sus palabras pronunciadas en la cima del Cerro Rico de Potosí, el 26 de octubre de 1826, o su Proclama de Despedida de Bolivia emitida en Chuquisaca el primero de enero de 1826. En su mensaje al Congreso Constituyente de Bolivia, el 25 de mayo de 1826, dice en palabras emocionadas, refiriéndose al homenaje que le hace la naciente república al perpetuar su nombre como apelativo nacional:

Mi desesperación se aumenta al contemplar la inmensidad de vuestro premio, porque, después de haber agotado los talentos, las virtudes, el genio mismo del más grande de los héroes, todavía sería yo indigno de merecer el nombre que habéis querido daros, ¡el mío!!! ¿Hablare yo de gratitud, cuando ella no alcanzará jamás a expresar ni débilmente lo que experimento por vuestra bondad que, como la de Dios, pasa todos los límites? Sí: sólo Dios tenía potestad para llamar a esta tierra Bolivia... ¿Qué quiere decir Bolivia? Un amor desentre-

nado de libertad, que al recibirla vuestro arrobó, no vio nada que fuera igual a su valor. No hallando vuestra embriaguez una demostración adecuada a la vehemencia de sus sentimientos, arrancó vuestro nombre y le dio el mío a todas vuestras generaciones. Esto, que es inaudito en la historia de los siglos, lo es aún más en la de los desprendimientos sublimes. Tal rasgo a los tiempos que están en el pensamiento del Eterno, lo que anhelabais de vuestros derechos, que es la posesión de ejercer las virtudes políticas, de adquirir los talentos luminosos y el goce de ser hombre. Este rasgo, repito, probará que vosotros eráis acreedores a obtener la gran bendición del Cielo —la Soberanía del Pueblo—, única autoridad legítima de las Naciones”.

Por su parte, el Mariscal Antonio José de Sucre (1795-1830), que le sucede en la presidencia de Bolivia al Libertador Simón Bolívar, y permanece en ella por más de tres años (1825-1828), deja, al alejarse del país, un mensaje que hasta ahora es repetido en escuelas y colegios como tema de reflexión patriótica, al decir:

Haré una confesión ingenua que servirá de ejemplo a mis sucesores siguiendo los principios de un hombre recto, he observado que en política no hay amistad ni odio, ni otros deberes que llenar sino la dicha del pueblo que se gobierna, la conservación de sus leyes, su independencia y su libertad... aún pediré otro premio a la Nación entera y a sus administradores: el de no destruir la obra de mi creación, de conservar por entre todos los peligros la independencia de Bolivia... No he hecho gemir a ningún boliviano, ninguna viuda, ningún huérfano solloza por mi causa; he levantado del suplicio porción de infelices condenados por ley y he señalado mi gobierno por la clemencia, la tolerancia y la bondad... En el retiro de mi vida veré mis cicatrices y nunca me arrepentiré de llevarlas cuando me recuerden que para formar a Bolivia preferí el imperio de las leyes a ser el tirano o verdugo que llevará siempre una espada pendiente sobre la cabeza de los ciudadanos.

A.C.R.

